

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN INAUGURACION DE LA  
FUNDACION INTERNACIONAL EDUARDO FREI

LA HAYA, 15 de Abril de 1991.

Amigas y amigos:

Cuando recibí la invitación para asistir a este acto inaugural de las actividades de la Fundación para la Solidaridad Internacional "Eduardo Frei", sentí que el destino me deparaba generosamente un verdadero regalo.

Ustedes comprenden lo que significa para mí, como chileno, como Presidente de la República y como amigo personal del Presidente Frei, inaugurar esta Fundación que lleva el nombre de una de las grandes figuras de nuestra historia chilena contemporánea. Me embarga la emoción de hondos recuerdos, de muchos ideales compartidos, algunos que pudimos realizar y otros que vimos por un momento fracasar.

Pero el más fuerte de mis sentimientos en este instante es el profundo orgullo que me produce, como chileno, el que la vida y la obra de un gran compatriota nuestro inspire, más allá de nuestras fronteras y aún de nuestro continente, a tomar su legado para contribuir a una tarea que, porque es grande, generosa y universal, estará siempre inconclusa.

Esta satisfacción se acrecienta al venir en representación de un pueblo que ha recuperado los valores esenciales de la democracia, por los que Frei tanto luchó. Ha sido duro no tenerlo entre nosotros. Nos ha faltado su abrazo franco y acogedor en los momentos de alegría; nos ha faltado su palabra profunda, certera y sabia en los momentos de dificultad. Pero su vida fue tan rica para la historia, que la historia ha mantenido viva su vida. Por ello podemos reunirnos hoy en torno a su nombre para mirar el futuro.

Eduardo Frei pertenece a una generación -en cierto sentido profética- de políticos católicos formados en el período de entre guerras, que asistían al derrumbe de un mundo cuyas certezas se desvanecían mientras surgían, con tentadora invitación, los sistemas totalitarios del fascismo y del comunismo.

No era fácil entonces levantar, en forma renovada, asumiendo los dramáticos conflictos sociales que generaba la nueva sociedad de masas, los valores clásicos del humanismo y de la democracia.

Todo el pensamiento de Eduardo Frei, toda su vida y su significado más profundo, residen en su ineludible defensa del fundamento ético de la vida en sociedad y, particularmente, de la política. Frei definía la democracia como "el camino de la dignidad humana". Buscó, "sobre el fundamento del humanismo, -según sus palabras- "una democracia auténtica, que exprese a la persona humana en su integridad; como sujeto de derechos, en lo político; como trabajador, en lo económico; como ser espiritual, que tiene un concepto de su destino, en lo cultural".

De ello dio prueba no sólo como intelectual y conductor de su partido, sino como Presidente de Chile. Creyó firmemente en que la libertad y la democracia eran el camino para resolver los agobiantes problemas sociales del mundo contemporáneo.

Eduardo Frei murió en un momento triste de nuestra Patria, cuando los valores a los que había consagrado su vida parecían perderse en la oscuridad del autoritarismo. Su pueblo lo lloró lamentando su ausencia con hondo pesar.

La historia le dio la razón. Y se la dio no solamente para el caso de Chile -Frei era un hombre universal- sino para América Latina y para el interesante proceso que vive hoy Europa del Este.

Los muros cayeron. Ya no es un fantasma el que recorre el mundo, sino el grito del hombre que ansía y construye su libertad.

De allí, entonces, la vigencia del pensamiento de Eduardo Frei. De allí la importancia de los objetivos de esta Fundación. Es coherente, por ello, que sea la transición a la democracia en América Latina el tema escogido para esta primera conferencia.

Junto con agradecer a ustedes esta invitación y manifestar un enorme orgullo por reunirnos aquí en Holanda en torno al nombre de Eduardo Frei, creo importante, por lo mismo, compartir con ustedes algunas reflexiones sobre cómo está siendo el proceso de transición en Chile.

El mayor valor de nuestra experiencia no reside -a mi juicio- en ser un interesante modelo para el estudio de las transiciones a la democracia, sino en la opción moral que ha hecho nuestro pueblo por la paz, la justicia y la libertad.

Esta es la clave más profunda para comprender por qué este proceso ha sido exitoso y, en más de un sentido, ejemplar. Los chilenos estamos contentos del camino recorrido, que ha sido el fruto de la experiencia de un pueblo que aprendió en el dolor y de sus propios errores, que es más lo que nos une que lo que nos divide, y que la confrontación y la violencia del pasado nos conducía a una espiral sin retorno, de la cual sólo podíamos salir si restablecíamos nuestra tradición de respeto a la dignidad humana, al estado de derecho y a la libertad de las personas.

De ahí que nuestra lucha por la democracia estuvo orientada por una idea fundamental: la defensa de los derechos humanos y la conquista de una democracia capaz de reestablecer la libertad y la justicia como las bases fundamentales de la convivencia nacional. Nuestra lucha no fue una mera respuesta instintiva a la opresión autoritaria, sino que, desde sus inicios, tuvo un fundamento ético que le dio su pleno sentido y legitimidad, sustentado en los valores consustanciales a la dignidad humana. Esto caló hondo en el alma de Chile y su gente.

Así, la defensa de los derechos fundamentales de la persona y la repulsa frente a su violación, no fue patrimonio de unos pocos, sino la actitud de la mayoría del pueblo chileno.

La democracia, para nosotros, es más que una mera técnica de administración de la sociedad y sus conflictos. Es sinónimo de oportunidades de progreso material y espiritual, de una creciente mayor equidad en las relaciones económicas y sociales, de libertades cada vez más difundidas al conjunto de los ciudadanos. En suma, es sinónimo de un marco político que favorece la buena vida humana para todos.

Ciertamente, la consolidación de la democracia chilena nos ha exigido procurar una paz sólida y estable entre los chilenos, de modo que desaparezca toda forma de violencia. Para lograrla, hemos debido enfrentar la situación de violación a los derechos humanos que existió en el país durante el autoritarismo.

La conciencia moral de la Nación ha buscado esclarecer la verdad y hacer justicia, en la medida de lo posible, para sobre esas bases llegar a la anhelada reconciliación nacional. El principio que nos guía en esta materia y que orienta las medidas que hemos adoptado, armoniza los imperativos éticos con los requerimientos políticos. La consolidación de la democracia chilena nos exige, como requisito ineludible, conciliar la virtud de la justicia con la virtud de la prudencia. Sólo procediendo así seremos fieles a nuestra tradición y podremos alcanzar la paz que queremos.

Por otra parte, la construcción de una democracia sólida

y estable requiere que perfeccionemos nuestras instituciones, para que la participación sea real en todos los niveles ciudadanos. Con este fin, además de crear instituciones para promover la incorporación a todas las áreas de la vida nacional de las mujeres y los jóvenes, estamos impulsando la democratización del gobierno local y la creación de instancias descentralizadas, comunales y regionales, para acercar las autoridades y las decisiones públicas a los ciudadanos.

También, estamos promoviendo reformas que permitan una administración de justicia eficiente y oportuna.

Para el pueblo de Chile y su gente, democracia significa tanto libertad como justicia social. Este es un hecho que también encuentra fundamento en nuestra historia y tiene su fundamento en las condiciones sociales y materiales que caracterizan al país.

La acción criminal de grupos violentistas, que repudia toda la Nación, no logrará perturbar este camino, que expresa el anhelo profundo de los chilenos.

En los últimos años, Chile ha experimentado un crecimiento económico y modernizaciones importantes en diversos sectores de la actividad nacional. Sin embargo, esa situación positiva ha coexistido con la presencia de desigualdades muy profundas. Si ellas persisten, corremos el riesgo de consolidar dos países distintos y antagónicos: uno, el Chile de los que tienen acceso a la modernidad y a los frutos del crecimiento; otro, el de los marginados, socialmente excluidos de la vida moderna, convertidos en una carga para la sociedad.

Por eso, la tarea de mantener un proceso sostenido de crecimiento económico debe cumplirse, simultáneamente, con la tarea de avanzar hacia una mayor justicia social. En eso estamos empeñados.

Hoy en día, la economía chilena es una economía abierta, y se mantendrá así, porque los chilenos sabemos que, en las actuales condiciones de la economía mundial, es la mejor estrategia para lograr un crecimiento sostenido.

Para crecer, se necesita trabajo, disciplina, perseverancia, paciencia, voluntad de emprender, y ello sólo puede conseguirse en un clima de justicia social, donde todos se sientan partícipes no sólo del esfuerzo, sino también de los frutos de ese crecimiento. Igualmente, avanzar en el camino de la equidad significa integrar cada vez a más y más chilenos en el esfuerzo del desarrollo, lo que exige dar preferencia a la inversión en las personas, vivienda, salud y educación.

Entendemos que nuestra tarea como gobernantes democráticos, nos exige ser capaces de interpretar algo que está muy hondo en la conciencia y en el corazón de los chilenos. Es la concepción de que la democracia significa un orden político,

fundado en la libertad, que promueve el cabal respeto y desarrollo de la dignidad humana y significa, también, la búsqueda de un orden económico social que se empeña en derrotar la pobreza e impulsar el desarrollo y que tiende a asegurar a todos los miembros de la sociedad la posibilidad real de una vida verdaderamente humana.

Esta es la aventura nacional en que comprometió su vida Eduardo Frei, que convoca todos nuestros esfuerzos para construir en Chile una sociedad cada vez más libre, más justa, más próspera y más solidaria. En ella estamos comprometidos todos los chilenos.

Permítanme terminar expresando mi reconocimiento a los democratacristianos de este país, entre los cuales hemos tenido amigos que nos han honrado, permanentemente, con su solidaridad. Permítanme simbolizarlos a ellos en la figura de Tom Koestern, a quien Eduardo Frei y todos los demócratas chilenos, profesamos gran afecto y admiración. Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

LA HAYA, 15 de Abril de 1991.

M.L.S.